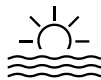


Un amanecer
como una puesta de sol



**Un amanecer
como una puesta de sol**

R. B. S. Candelas



Ramón Candelas Pérez

Un amanecer como una puesta de sol

No se permite la reproducción, distribución o transmisión total o parcial de este libro sin el previo permiso escrito del autor. Todos los derechos reservados.

Inscrito en el Registro de la Propiedad Intelectual. N.º 01/121/1211.

© Ramón Candelas Pérez, 2021

© De esta edición, Ramón Candelas Pérez, 2023

© De la cubierta, Ramón Candelas Pérez, 2023

Fotografía de cubierta: Ramón Candelas Pérez

Primera edición, diciembre de 2023. R 1.1

ISBN: 9798866257706

Más información sobre el autor y su obra en:



www.rbscandelas.es



@RBS_Candelas



RBS Candelas

*A Pablo,
cuya afición a la escritura
ha tenido el efecto
de hacerme mejorar como escritor*

*El amor de los jóvenes no reside
en verdad en el corazón, sino en los ojos.*

William Shakespeare

Romeo y Julieta

1

El sonido del móvil me inspira desconfianza aun antes de conocer el motivo. ¿Un número no identificado a las ocho de la mañana?

Contesto de mala gana.

—Diga.

—¿Eileen Turner? Soy Peter Conrad, del consulado británico en Alicante.

El consulado. Arrugo la nariz. Para una británica afincada en España, una llamada del consulado en pleno desbarajuste del Brexit no puede sino inspirar desconfianza. Impuestos, seguros sociales, trámites burocráticos. Complicaciones. Seguro que me cuesta dinero.

—Dígame, señor Conrad.

—¿Es usted hija de Michael y Emma Turner?

Es el tono de voz lo que me pone en guardia. O quizá la breve pausa, acompañada de una pesada inspiración, que ha precedido a la pregunta.

—¿Ocurre algo, señor Conrad?

—Verá, señora Turner: nuestra embajada en Madrid nos ha pedido que la localicemos. Parece que sus padres sufrieron ayer un accidente mientras sobrevolaban el río Colorado, en Estados Unidos. Su avioneta se estrelló, y su... —El tal Conrad duda de nuevo. Carraspea—. Su padre se encuentra en mal estado.

Mi padre.

—¿Un accidente?!... —Noto un ahogo en el pecho—. ¿Y mi madre?, ¿qué sabe de ella?

—Yo... Lo siento mucho, señora Turner.

Conrad no necesita ser más explícito. Me quedo mirando el teléfono desnudo. Siempre me ha fascinado el suave tacto de sus cantos pulidos, sin solución de continuidad con el vidrio de la pantalla. Me hace sentir bien, en armonía. La gente les pone fundas protectoras, pero a mí me molestan; pervierten la pureza del objeto. Supongo que cambiaré de opinión el día que se me caiga al suelo. Y cambiaré el teléfono, que ya empieza a estar obsoleto. Es demasiado grande, le dije a Marc; hubiera preferido uno más pequeño. Mejor grande, replicó él, encogiéndose de hombros. Mejor para ver fotos y vídeos; y para leer, porque a ti te gusta leer. Y es más ligero que el viejo, fíjate. Y además, las mujeres siempre lleváis bolso. No te estorbará, ya lo verás. Y se quedó tan pancho, convencido de que tenía razón. Que la tenía, claro. Es la clave, ahora lo sé, de un regalo sabiamente escogido: que te permite disfrutar de algo que nunca hubieses comprado por ti misma.

Suspiro.

Mi madre ha muerto, mi padre se encuentra malherido, y yo solo pienso en el puto teléfono.

—¿Sigue ahí, señora Turner? ¿Se encuentra bien?

Esta vez soy yo quien inspira hondo antes de hablar.

—Sí... Sí, gracias.

Qué voy a decir. De pronto recuerdo algo.

—Escuche, mis padres viajaban con un matrimonio de Plymouth, los Jones. Sabe usted acaso si...

—Sé que había cuatro pasajeros en la avioneta, además del piloto, pero no me han dado más información. Es natural que antes quieran contactar con los familiares —se excusa el hombre del consulado. Luego, en tono de disculpa casi, añade—: Si pudiera pasarse por aquí... Trataré de conseguir más detalles, mientras tanto.

Llamo a Ágata. He de acercarme a Alicante, le digo; llegaré tarde al hotel. Ocúpate de todo. Que Faustino limpie la piscina,

que ayer no le dio tiempo. Ah, y que no deje de arreglar la cisterna de la seis.

Apuro el café, ya frío —el café me gusta caliente, frío o helado, a condición de que sea solo—, y cojo las llaves y el bolso. Ya estaba arreglada para salir, por lo que me limito al acostumbrado vistazo en el espejo del vestíbulo. Es un espejo alargado, de cuerpo entero y marco dorado. Lo trajo Marc de un rastrillo; otra de sus imprevisibles inspiraciones. Recuerdo que me enfadé. ¿Por qué lo has comprado sin consultarme? Quedará genial aquí, respondió sin inmutarse; podrás ver lo guapa que estás cada vez que salgas a la calle. Marc era así, todo irreflexiva espontaneidad; lo contrario de mi calculador pragmatismo. Supongo que por eso estábamos enamorados.

Lo guapa que eres, que vas, que estás, solía decir, siempre sonriente, y yo amaba el oscuro magnetismo que desprendían sus iris.

Lo guapa.

Pero el azogue me devuelve la imagen de una mujer tristona que apura la treintena, vestida con un desmangado anodino y con sandalias de medio tacón, cansada de luchar. Y, desde hace un par de minutos, emocionalmente deshecha.

Cojo un chal. El día será sofocante, pero me vendrá bien para los aires acondicionados.

¿Por qué me dejaste, Marc? Cómo te echo de menos.



Qué bien he hecho en traer el chal. En el consulado hacía un frío exagerado; debería estar prohibido. Pero fuera, a los cuatro pasos me pongo a sudar. En la radio han dicho que hoy se alcanzarán los treinta y seis grados. Me dirijo al parquin —la fuerza de la costumbre— con intención de llegar cuanto antes a Villa Olivia,

pero a mitad de camino cambio de idea. ¿Qué narices pinto yo en el hotel con el ánimo hecho un churro? Ágata sabe ocuparse de todo; y si tiene alguna dificultad, ya llamará. Lo que necesito es sentarme en una terraza, a la sombra, y tomarme un granizado. De limón. O mejor, de café.

Reflexionar.

Murió en el acto, me ha dicho Conrad. Mi madre. Yo lo miraba conmocionada. No sufrió, me ha asegurado, imaginando que eso podía aliviarme. Bueno, supongo que un poco sí, aunque no he podido evitar las lágrimas. No quería llorar delante de él. No sé por qué, pretendía parecer fuerte, permanecer serena; ahorrarle —¿ahorrarme?— el mal trago. Escapar del tópico de la mujer sensible.

Qué tontería. No soy una mujer fuerte. Nunca lo he sido, y a estas alturas sé que nunca llegaré a serlo. Mi reputación de mujer fría y calculadora es solo una fachada. Supongo que por eso necesito tenerlo todo controlado, porque en esencia soy frágil e insegura.

Lo de papá ha sido peor. En cuanto al sufrimiento, quiero decir. Mejor, en realidad, porque ha sobrevivido. Pero de qué forma: atrapado en un amasijo de metal retorcido durante cuatro horas, a pleno sol, en el tórrido desierto donde se estrelló la avioneta tras emitir un *mayday*. Tuvo suerte de que el piloto, que no resultó tan malparado, pudiese utilizar el extintor para apagar el motor en llamas, y de que luego cuidase de ambos hasta que los servicios de rescate los evacuaron a un hospital de Las Vegas.

El piloto y papá. Los únicos supervivientes.

¿Y los Jones?

Como mamá. Fallecidos en el acto.

Los pobres.

Pienso en ellos y en mis padres, los cuatro juntos en

fotografías en color desvaído años setenta, ochenta, noventa, dos mil. En esa vieja, curiosa, bella amistad que los llevaba todos los años, desde que coincidiesen en sus respectivos viajes de novios, a pasar unos días de vacaciones juntos. Diez días de verano.

La familia ya está avisada, ha dicho Conrad. Un hijo que vive en Londres.

Neil. Lo conocí hace décadas, cuando éramos niños y los Jones vinieron a York por Año Nuevo. Luego nosotros les devolvimos la visita en Pascua; la única vez que he estado en Plymouth. Las dos únicas veces que ambas familias nos juntamos. Para entonces los diez días de verano eran ya una tradición, y supongo que ambos matrimonios querían saber más el uno del otro: conocer a los hijos, los lugares donde vivían, los ambientes que frecuentaban.

Cavilando por la acera en sombra llego hasta la Explanada, el paseo marítimo de Alicante. Aquí abundan las cafeterías con terraza. Me derrumbo, más que me siento, en una silla metálica de la primera mesa libre que veo.

Un café granizado, por favor.

Conrad me ha dado el teléfono de Neil Jones. Supongo que debería llamarlo. Él estará en parecidas circunstancias: tendrá que viajar a Las Vegas, hacerse cargo de los trámites, los seguros, los visados, la repatriación.

Supongo, supongo. Estoy suponiendo mucho esta mañana.

Pero lo suyo es más fácil: no tiene que preocuparse por un padre hospitalizado, vaya usted a saber en qué estado y hasta cuándo, al otro lado del océano.

Qué bruta eres, Eileen; estás pensando en papá como si fuese una carga. El pobre. A ti, al menos, te queda él. Gracias a Dios que ha sobrevivido.

Me revuelvo incómoda en la silla. ¿Y si hubiera sido al revés? Siempre me he llevado bien con papá y regular con mamá. Me resisto a admitir que me siento mejor porque se ha salvado él.

Sería innoble por mi parte; y cruel. Pobre mamá. Y pobre papá: ¿qué va a ser de él sin ella?

Su café, señora. Gracias.

Trato de recordar a Neil, aunque no hay gran cosa: un niño mono, rubito, siempre sonriente. Ambos teníamos más o menos la misma edad, pero yo ejercía un poco de hermana mayor porque le sacaba media cabeza. Neil era modosito, obediente. Yo, más díscola, tuve que aguantar que mi madre me lo pusiese como ejemplo. No me importó, pues le cogí cariño en aquellos días que pasamos juntos. Los mayores estaban siempre hablando de sus cosas, y nosotros jugábamos todo el rato. Recuerdo que Neil tenía en su casa unos muñecos de plástico vestidos de hombres rana, con lancha neumática y todo. Los embarcábamos en arriesgadas hazañas, como hacer rápel desde lo alto de la mesa del comedor hasta el proceloso océano de la moqueta para rescatar a Doris, mi muñeca favorita, que viajaba siempre conmigo.

Paladeo el dulce amargor del café, tan frío que me quema la garganta. Desecho la pajita, como siempre, para beberlo despacio, a pequeños sorbos. Si los doy grandes o rápidos me sube a la frente un dolor horrible. Espero que las prohíban pronto, las pajitas, junto con todo el plástico desechable que echa a perder los océanos. Antes me gustaban, cuando Marc me enseñó a rasgar por un extremo el envoltorio de papel y a soplar en la pajita para que saliese disparado por el aire, en un torpe e impredecible vuelo. Decía que aquel era un juego de su infancia, y que la cosa solía acabar en inocentes batallas, en las que mayores y pequeños intentaban acertarse unos a otros. A nadie, decía, parecía importarles en su época el elevado consumo de pajitas estuchadas en los bares. O quizá sí; quizá a los propietarios de los bares, concluía riendo.

Suspiro. También estoy suspirando mucho esta mañana.

Vuelvo a mis problemas. Mis padres tenían un seguro de asistencia en viaje, según Conrad, así que lo primero es hablar con la compañía. Hago la hipótesis razonable de que esta correrá con

mis gastos de desplazamiento y estancia hasta que pueda regresar con papá. Y, por supuesto, con todo lo relacionado con la repatriación de mamá. Lo que me agobia es el hotel: ¿puedo dejarlo *sine die* en manos de Ágata? Por poder, claro que puedo; otra cosa es cómo resulte. Ágata tiene toda mi confianza: ejerce de gobernanta, de recepcionista y de mi mano izquierda para casi todo. Cumple con eficacia, pero para llegar a mano derecha le faltan iniciativa y empuje. Por si fuera poco, el negocio no va tan boyante como debería, y cualquier problema, por pequeño que sea el coste —las soluciones gratuitas escasean en este mundillo—, es un agujero más en la línea de flotación. No sé cuánto tiempo seré capaz de seguir achicando el agua que entra.

Suena el móvil en mi bolso. Ágata. Si antes pienso en ella... Frunzo el ceño. Llamada, igual a problema; problema, igual a coste; coste... Lo que decía.

—Eileen, ¿puedes hablar?

Su voz suena apurada. Espero que no sea nada serio. No ahora, por favor.

—Claro, mujer. Si no, no te habría cogido.

—Ya. Siento molestarte, pero es que los holandeses que llegaban hoy, un matrimonio mayor, acaban de presentarse con un caniche.

Mi primera reacción es cabrearme. Puedo permitírmelo porque no tengo a los holandeses delante.

—¡Joder! ¿Pero no sabían que no admitimos mascotas?

—Sí, lo sabían perfectamente, pero dicen que a última hora les ha fallado la persona con quien lo iban a dejar, y...

Pero enseguida respiro, aliviada de que solo sea eso. Este tipo de cosas es el pan nuestro de cada día. Nada que no pueda arreglarse, si el huésped es razonable. Aunque a menudo no lo es.

—... aseguran que lo llevarán siempre en el bolso, que no lo veremos corretear por el hotel...

Sé que debo colmarme de paciencia por las dos.

—Sabes que no puede ser, Ágata —la interrumpo—. Como mínimo andará suelto por la habitación, arañando los muebles y poniéndolo todo perdido de pelo o de cosas peores. Además, los demás huéspedes conocen la norma y se quejarían con razón. Sería peor. Escucha... Hum. Diles que vamos a ayudarlos a encontrar un sitio donde puedan dejar al perrito con todas las garantías, pero que en ningún caso, en ninguno, me oyes, puede quedarse en el hotel. Luego busca el número de alguna residencia canina, los llamas y les dices que vas a enviarles a unos clientes. ¿Tienen coche?

Concretamos los pormenores como si yo estuviese para estas tonterías. Pero la satisfacción del cliente, por muy estúpido que sea —ocurre a veces— o que se ponga —ocurre a menudo—, nunca ha sido más importante que en la era de las redes sociales.

—Vale, Eileen. —Ágata parece respirar tranquila—. Déjalo en mis manos. Oye, ¿vas a tardar?

¿Que si voy a tardar? ¿Cómo saberlo? Varios días, como mínimo; semanas, en el peor de los casos. Pero no es el momento. No por teléfono.

—Estaré ahí a la hora de comer. Chao.

Respiro hondo. El ejercicio de mis funciones me ha hecho transpirar. O quizá sea la humedad ambiente. Corre algo de brisa, menos de lo que me gustaría. Y observo con recelo que la línea de sol, en su inexorable progresión, pronto alcanzará mi silla. Busco refrescarme en mi vaso: un sorbito de felicidad.

Miro en derredor. La Explanada está animada, como corresponde a un día caluroso de julio —siempre lo está, si lo pienso bien, pues en Alicante la temporada es perenne—. Son turistas, en su mayoría, que deambulan arrimándose a la sombra de las palmeras. Vienen de la playa, de visitar el castillo, de tomar un aperitivo; o van a la playa, a visitar el castillo o en busca de un restaurante. En pos, igual que yo, cada uno a su manera, del sorbito diario de felicidad.

De repente me siento fatal. Se supone que estoy de duelo. Debería, no sé, evocar recuerdos de mi vida, por ejemplo, en los que mis padres tuviesen un papel primordial, enriquecedor; en que me confortasen, me inspirasen, me amasen, y yo les correspondiese. Y en lugar de ello, ¿qué hago? Estoy pendiente de los turistas o me ocupo del chucho de unos clientes.

¿Tan mala hija soy?

¿Por eso te perdí, Marc? ¿Fue un castigo divino?

Ya que no logro comportarme como debería, por lo menos he de intentar ser práctica. Podría llamar a Neil, por ejemplo, o a los tíos. Tía Margaret, la hermana de mamá, tiene que saberlo sin falta. Pero así, de sopetón, por teléfono...

Suena el móvil otra vez. Número desconocido. Pero largo, con prefijo de Gran Bretaña. ¿La aseguradora? ¿Los tíos ya se han enterado? ¿Algún amigo de la familia? Descuelgo con aprensión.

—Hola, ¿eres Eileen? Soy Neil Jones.

—¿Neil? Vaya, me alegro de que me llames. Justo ahora estaba pensando en telefonearte.

Mientras intercambiamos las oportunas condolencias, su voz, masculinamente recia, me desorienta. No se corresponde, caigo, con la imagen del niño que guardo en la memoria. Neil se muestra sereno, circunspecto. Se diría que, como yo, lleva la procesión por dentro. Me pregunta por mi padre. No sé gran cosa, respondo; creo que está estable. Le digo que en el consulado me han facilitado mucho los trámites, y que voy a intentar salir pasado mañana para Las Vegas. ¿Va él también?

—Sí, en cuanto pueda —me confirma—. ¿Dónde te alojarás?, ¿en el París Las Vegas?

—Uf, no. Allí estaban ellos, y, la verdad, no me apetece. Tampoco creo que la compañía de seguros vaya a costearnos un hotel de lujo. Te lo diré en cuanto lo sepa.

—Vale. Puedes enviarme un mensaje a este número. Y te

doy también mi correo electrónico, por si acaso.

Intercambiamos los datos de contacto y nos animamos el uno al otro antes de despedirnos. Me reconforta pensar que alguien comparte mi drama, aunque sea prácticamente un desconocido. Ya, ya sé que suena perverso.

El café granizado y la sombra llegan a su fin. Un buen momento para irse. Quisiera encerrarme en casa, alejarme del bullicio chancletero, de la rutinaria tiranía del hotel, de todo lo que me distrae de pensar en mis padres. Pero dudo que vaya a disponer de dos minutos tranquilos hasta que me siente en el avión. Conste que me horroriza embarcarme en un viaje de diez mil kilómetros, pero no tengo alternativa. Papá me necesita. Mamá ya no, en realidad, aunque le debo el gesto. Ojalá me hubiese esforzado más para poner fin a tantos años de incompreensión mutua. Y ojalá ella me hubiese dado hermanos. Sé que le habría gustado, siempre lo dijo, pero por algún motivo no pudo ser.

Si pierdo a papá, no me quedará nadie.



A Ágata le ha dado una llantina. Yo me siento incómoda, avergonzada de mí misma, pues ni siquiera se me han humedecido los ojos. A este paso, empiezo a dudar de que alguna vez lo harán.

—¡Ay, Eileen, qué desgracia! Una mujer tan jovial, tan encantadora... Y tan estilosa ella, con esa percha que gastaba...

Ágata solo ha estado con mis padres en una ocasión: el fin de semana que pasaron en el hotel, hace de eso ya diez años, al poco de su inauguración. Habían insistido en alojarse aquí, en lugar de en mi casa, porque luego querían hacer propaganda a sus conocidos. Recuerdo que pasamos media hora discutiendo cuando se empeñaron en pagar la cuenta: yo, que ni hablar, que para eso

eran mis invitados; papá, que necesitábamos ingresos, que así no haríamos carrera; mamá, ayudando, como siempre: que si yo era una cabezota, que si conmigo no se podía discutir. Ágata, entonces estudiante de Turismo en prácticas, observaba sonriente, dá-táfono en mano. La cosa se prolongó hasta que Marc, quien para entonces ya tenía más ascendiente sobre mis padres que yo misma, zanjó la discusión: Deja que paguen la habitación, Eileen, y nosotros los invitamos a cenar. Y como quiera que a mi padre la propuesta le pareció justa, y a mi madre le arrancó una —otra— mirada arrobada hacia su yerno, no tuve nada que añadir. Un punto más para el ascendiente de Marc, en detrimento del mío.

—... y tu padre, el pobre, ¡qué modo tan horrible de enviudar! Espero que se recupere pronto. Por supuesto que debes ir con él. Yo me ocuparé de todo.

Agradezco a Ágata que trate de tranquilizarme, aunque sospecho que buena parte de su congoja se debe a la magnitud de la tarea que se le viene encima.

—¿Y cuánto tiempo dices que estarás fuera? —pregunta con un sollozo, lo que refuerza mis sospechas.

Encojo los hombros. No tengo respuesta a su pregunta, y tampoco quiero alarmlarla más de lo que ya está.

—Quince días, todo lo más —miento, aparentando seguridad en mí misma—. No te preocupes: Faustino, Sandra, Sergio..., todos saben perfectamente lo que han de hacer, y yo estaré siempre disponible al teléfono. Eso sí, procura tener en cuenta la diferencia horaria.

Mamá.

Creo que mi relación con ella tuvo claroscuros ya desde niña. Detestaba que me llevase a la peluquería a la salida del colegio. Me aburrían todas aquellas mujeres, chismosas y superficiales en su mayoría, como me aburrían las revistas del corazón, insulsas y manoseadas. Prefería los tebeos, pero no siempre tenía

uno a mano. Así que me limitaba a hacer mis deberes. Para cuando mamá echaba el cierre, apenas tenía tiempo para otra cosa que no fuera ir a casa, bañarme y cenar.

Los sábados, días de máximo estrés en la peluquería, me quedaba con papá. Si él tenía entrenamiento, me llevaba al campo de fútbol. Allí, al menos, solía haber con quién compartir el tedio: Greg, el hijo del utillero; o la hija del guarda, Joan, quien, además de ir a mi colegio, vivía en una casita aleña al campo. A veces, mientras el equipo sufría la disciplina de papá, iba a casa de Joan y su madre nos entretenía poniéndonos a hacer tartas. Luego, el lunes siguiente, Joan me traía al colegio una buena porción.

Pero divago. Mi infancia fue relativamente feliz, a pesar de la peluquería. Mis verdaderas diferencias con mamá surgieron cuando ella conoció a mi primer novio. Luego resultó que tenía razón: Norman era un descerebrado y un inútil. Pero yo no quería admitirlo, porque él era *mi* elección, no la suya; y además, sus objeciones eran minucias que me daban lo mismo. Me importaban más el aura díscola y el aire de perdonavidas de Norman. Un año mayor que yo, repetía curso, y el consenso entre las compañeras de clase era que se parecía a Paul Newman, lo que lo convertía en caza mayor. Desde siempre, él y sus amigos nos habían tratado de forma condescendiente, por lo que el hecho de que se fijase en mí durante una fiesta, a mis esplendorosos quince años —ahora lo veo así; entonces me creía un patito feo, más bien —, me reportó un gran prestigio en el instituto.

Norman, aplicado en cualquier cosa que no fueran las tareas escolares, no llegó a graduarse. Mientras yo estudiaba Bachillerato, él se colocó como aprendiz en un taller mecánico, lo cual le reportaba unos modestos ingresos que gastaba en vicios. Norman puso todo su empeño en introducirme en los supuestos placeres del tabaco, el alcohol y el sexo. A este último, ya fuera por prudencia o por simple pacatería, me resistí más.

Cada vez que lo hacía, él desplegaba una táctica antigua

como la humanidad: tonteaba con otra chica. Entonces yo me enfadaba, acusándolo de no quererme; Norman se disculpaba, quejándose, a su vez, de que no confiase en él; y yo me convencía de nuevo de que si seguía conmigo era porque, en efecto, estaba enamorado de mí. Tal era la perversa secuencia por la que me veía obligada a ceder un poco más cada vez, y que nos llevó del sexo manual al oral, del oral a la penetración, y al final, en una inexplicable claudicación de toda sensatez, a la penetración sin preservativo. Si de verdad me quieres, Eileen, no puede importarte, me dijo, el muy cretino, en el mullido asiento trasero del sedán de un cliente, tomado en *préstamo* para la ocasión.

Si desvelo estas intimidades es porque supusieron un antes y un después en mi vida. Perdí la inocencia —pero la importante, no la que va aparejada a la rotura del himen—, y esa pérdida acabaría por llevarse detrás, en una espiral de inconsistencias y desafueros por mi parte, la compleja relación, hecha de encuentros y desencuentros, de alabanzas y reproches, de tiras y aflojas, que mantenía con mi madre.

Me quedé preñada a los dieciséis. Y entonces, cuando más necesitaba su cariño, Norman cumplió el pronóstico materno y se portó como un cerdo. Se desentendió, quiero decir. Solo entonces fui consciente de que mi madre me habría prevenido contra la catadura de mi novio si hubiese estado dispuesta a escucharla. Pero el orgullo me había vendado ojos y oídos, y el hecho de tener que tragármelo, en lugar de propiciar un acercamiento hacia ella, tuvo en mi mente confundida el efecto contrario: la culpé de no haber sido más taxativa, como antes la había culpado de ser una metomentodo. Y ella, que en ningún momento se mostró airada, optó por dejar el asunto en manos de mi padre; el cual, hartado de mediar en disputas entre sus jugadores, no quiso intervenir en la nuestra. Comprensivo conmigo, se limitó a resolver el *affaire* con discreción y un buen pellizco de los ahorros familiares, que pasaron a engrosar las cuentas de una clínica privada de Leeds.

Salvé el curso milagrosamente, y el equipo que entrenaba mi padre conservó la categoría. Fueron las dos únicas buenas noticias de aquel verano de 1996; para mí, triste por motivos obvios; para mis padres, uno de los pocos en que no vacacionaron con los Jones desde que se conocieran veintiún años antes, durante sus respectivas lunas de miel.

A bordo del Sorrento. Julio de 1975

Los Jones

Algo no ha ido bien con la corbata: demasiado corta, de nuevo. Chasca la lengua Frank. Con poco convencimiento, deshace el nudo y vuelve a intentarlo, tratando de ajustar la longitud de la pala para que coincida con la hebilla del cinturón.

—¿Estás segura de que quieres cenar en el restaurante? —pregunta por segunda vez.

Suspira Rose desde el reducido cuarto de baño —inodoro, lavabo y ducha integrados apenas dejan espacio para una persona— donde se maquilla ante el espejo.

—Ya te lo he dicho, cariño. Quiero probarlo, al menos. Conocer el ambiente y que nos sirvan en la mesa. Seguro que el menú es exquisito.

—Pues en el bufé estaba todo de muerte, y... ¡Mierda! ¡Demasiado larga!

Ella ignora el exabrupto.

—Quién sabe, quizá hasta podamos saludar al capitán.

—Oye, ¿y de verdad hace falta que lleve corbata? —pregunta él, dispuesto a tirar la toalla—. No veo la necesidad. Además, ¿quién se pone corbata en vacaciones?

—Es la etiqueta, cariño. En el comedor se requiere americana y corbata para los caballeros, y vestido de cóctel para las damas. No querrás desentonar.

—Hum.

Desentonar no es algo que preocupe a Frank, pero tampoco va a discutir por una corbata. De momento, deja que pala y cola cuelguen desmañadas, una a cada lado del cuello, en favor de un Rothmans. Con parsimonia, sabiendo que lo de su mujer puede ir

para largo, saca un cigarrillo del paquete que hay sobre la cómoda y se lo coloca en la comisura de la boca, teatralizando el gesto que le devuelve el espejo de cuerpo entero situado junto a la entrada. Lo enciende, chis chas, con el Dupont de plata con sus iniciales grabadas, regalo de bodas de sus compañeros del instituto. Aspira una bocanada honda de ese humo acre que irrita la garganta, calienta los pulmones y, al decir de algunos alarmistas, mata lentamente. Juguetea con el encendedor, chis chas, admirando el preciso mecanismo de apertura y cierre de la tapa, chis chas, complacido de haber merecido tan elegante obsequio. Se sienta sin prisa en el borde de la cama, feliz de estar ahí, en esa compacta cabina de dieciocho metros cuadrados, cuarto de baño incluido, por cuyo uso y disfrute durante una semana han pagado un dineral. Feliz, sobre todo, de saberse afortunado. De haber culminado en boda un memorable noviazgo con la mujer de sus sueños.

Es entonces cuando cae en la cuenta de algo.

—Oye, Rose: y tú, ¿de dónde has sacado un vestido de cóctel?

Una carcajada cristalina, la misma con que ella lo enamoró siendo un adolescente imberbe, resuena en el baño.

—Olvidas que trabajo en una boutique, cielo.

Hace su aparición Rose, enfundada en un vestido de brillantes reflejos champán, ceñido el talle sobre la falda de amplio vuelo, largas las bocamangas avolantadas, ancho el escote que deja al descubierto sus atléticos hombros de nadadora. Gira con gracia sobre sí misma, haciendo flotar la voluminosa cabellera pelirroja, ceñida con una cinta-diadema del mismo tejido que el vestido. Exhibe las interminables piernas, que unas sandalias doradas de alto tacón cuadrado elevan a su máximo esplendor. Sonríe con un gracioso aleteo de sus pestañas negras de rímel.

—¿Qué tal?

Por mucha labia que se le suponga a un profesor de Literatura, la belleza de su esposa sigue dejando a Frank sin palabras.

—¡Guau!

Sonríe ella con aire de mujer fatal. Toma de la mano de su marido el cigarrillo cuasi finiquitado, le da una calada que mancha el filtro de carmín, exhala el humo con voluptuosa satisfacción. Luego aplasta el cigarrillo en el cenicero, mientras con la otra mano tira de ambos extremos de la corbata rebelde, obligando a Frank a levantarse.

—Ven aquí, desastre. Déjame a mí.



—¿Quieres tomar un aperitivo en cubierta?

—¿Por qué no? Hace una tarde espléndida.

Salen al corredor del cuarto puente, donde el suave runrún de los motores se hace más audible. Miran a derecha e izquierda. Como siempre desde que embarcasen, les desorienta la interminable sucesión de puertas idénticas a ambos lados.

—Por aquí. —Rose indica una señal de evacuación de emergencia—. Las escaleras de popa están más cerca.

Habitualmente enfrascado Frank en lecturas más poéticas, ella se ha autoasignado la misión de estudiar los detalles técnicos del buque y los prácticos de la vida a bordo.

—¿Sabes que el Sorrento tiene veinte suites y trescientos sesenta camarotes, de los que ciento treinta son interiores? —dice, precediendo a su marido con estiloso taconeo—. No sabes cuánto me alegro de que escogiésemos uno exterior, aunque nos haya costado un pico más.

—Sí, esa ventana al mar es un lujo —asiente él, tan satisfecho por la elección del camarote como deleitado por el sensual contoneo.

Dejan abajo el quinto puente, que alberga más camarotes, la recepción y otros servicios generales al pasaje; y el sexto, dedicado al ocio nocturno y a tiendas diversas.

En el séptimo toman asiento en la única mesa desocupada del bar al aire libre, situado a popa, junto a la piscina. Más a proa se ubican la cafetería cubierta, el restaurante de autoservicio y otras dependencias como el salón de belleza, la biblioteca, el gimnasio-sauna y la guardería. Un maravilloso resort flotante donde el pasajero recibe un trato exquisito y, si su billetera puede permitirselo, exclusivo. No es el caso de los Jones, que ni son de gustos sofisticados ni les ven interés. Para ellos el lujo es una frivolidad, además de inaccesible. Les basta con tomar un aperitivo —cerveza para él, jerez para ella— antes de la cena, al sol si es posible, o una copa tranquila —scotch para él, mojito para ella— después.

Majestuoso, el crucero se desliza sin el menor balanceo por las aguas del Adriático, calmo desde que zarpase de Bari a las seis de la tarde en dirección al canal de Otranto. En la banda de estribor, los Jones reciben la caricia del sol poniente, que en breve desaparecerá tras la lejana línea de costa, brumosa al contraluz, de la Apulia italiana.

El avance del buque levanta una suave brisa. Rose se la toma como una bendición después del sofocante calor sufrido durante la visita al casco antiguo y el castillo de Bari, primera escala tras la partida de Venecia. Respira hondo, los ojos entrecerrados, el semblante plácido, la mente ocupada en agradables pensamientos. Qué afortunada se siente de tener a su lado a este hombre bueno, inteligente y educado, que la cuida como jamás habría soñado de los zafios con quienes salió antes. Y que, aunque algo desgarrado —lo cual forma parte de su encanto—, es alto y de agradables facciones. Ojalá se hubiese fijado en él cuando iban juntos al instituto. Se habría ahorrado muchos sinsabores. Pero entonces ella, sujeta a la disciplina de la natación, dedicaba

poco tiempo a pensar en los chicos.

—Es hermoso, ¿verdad? —dice—. Y es todo tan romántico: la mar, la puesta de sol, nosotros. —Y luego, abriendo mucho los ojos para dedicarle a él una mirada traviesa, azul como la tarde que se refleja en ella, ríe con su propia broma—: ¡Es como estar de viaje de novios!

Él secunda la risa con ganas; y luego, poniéndose serio, casi trascendente, le coge la mano tibia, suave al tacto, en cuyo anular luce el símbolo de compromiso mutuo. Es un buen momento para una última intentona.

—¿Sigues queriendo que vayamos al restaurante? A saber quién nos toca en la mesa. ¿Y si son unos pesados, o unos cretinos o...?

Ella encoge los hombros.

—Sabemos que son británicos, por lo menos. En la presentación, el sobrecargo dijo que agrupan al pasaje por nacionalidades para facilitar el contacto. Y en todo caso, si no nos convencen, no tenemos que volver.

—Pero...

—Es un puente que hay que cruzar, Frank Jones.

Suspira él. Así es su esposa: independiente, decidida, segura de sí misma. Por eso la ama tanto, además de por su belleza.

—Te quiero, ¿lo sabes?

Se declara como si le costase creer que ella le corresponde. Al fin y al cabo, él no es más que un modesto profesor de instituto, mientras que ella es una diosa cuyo cabello resplandece, llameante, al trasluz del ocaso.

Pero la diosa es benévola. Magnánima, incluso.

—Y yo, amor.

Amor. Frank —qué inconmensurable suerte la suya— levanta su ancha copa de ambarino líquido cubierto de espuma.

—Brindemos por ello. Por nosotros.

Sonríe la diosa, levantando su estrecha copa de pálido

líquido amarillento.

—Eso, brindemos.

Los Turner

—*Mmm. Me gustaría quedarme aquí toda la noche.*

Se despereza Emma sobre su butaca de rafia. Divertida con los chapoteos de unos niños que apuran, incansables, los últimos minutos de piscina. Embelesada con la gradual transformación, de impoluto blanco a cálido amarillento, que experimenta la superestructura del buque. Agradecida a la vida, que se digna brindarle este maravilloso viaje.

—*Te perderías la cena, cariño —bromea Michael; igualmente agradecido a la vida, pero más interesado en observar a la gente que viene y va por cubierta.*

Hace ella un mohín desganado.

—*Bah, no creas que tengo apetito. Y tampoco me entusiasma bajar al comedor. Los Ferguson me sacan de quicio.*

En eso, como en casi todo, marido y mujer sintonizan. Él encoge los hombros.

—*Siempre podemos picar algo en el bufé, si lo prefieres.*

Pero no hay prisa. De momento están cómodos en la toldilla. Emma saborea un cóctel de champán con guinda; Michael, fiel a su más arraigada costumbre, una pinta de lager. No es mala, aprecia, la Peroni esta; la única cerveza de barril, por lo visto, que se puede conseguir en un crucero de armador italiano. Y qué bien entra, refrescando por dentro lo que la gentil brisa refresca por fuera.

Han hecho bien en salir al aire libre, más agradable que el aséptico aire acondicionado de la cafetería. Sobre ellos no hay nada más que el octavo puente, apenas una pasarela perimetral que rodea la piscina, y el cielo, soberbio y límpido, del mar Adriático.

Eso, si es que todavía se hallan en el Adriático.

Michael lo confirma de un rápido vistazo al relieve grisáceo que perfila el horizonte por estribor. Tiene en su cabeza el mapa del itinerario: mientras no rebasen el canal de Otranto, no perderán de vista la costa italiana, el tacón de la bota. Luego, una vez en el mar Jónico, dejarán a babor las islas de Cefalonia y Zante para hacer escala en Katácolo, una pequeña localidad costera del continente cuyo interés turístico radica en su proximidad a la antigua Olimpia.

—No sé —dice Emma, tras pensarlo un rato—. Es que también tengo curiosidad por conocer a los otros comensales, los que no aparecieron ayer. Quizá sean gente interesante.

La terraza está concurrida. Es la hora del aperitivo para los del segundo turno de cena, al que los Turner se apuntaron precisamente para eso, para disfrutar del aperitivo ante el espectáculo de una puesta de sol en alta mar. Hacia proa, cerca de la barra, una pareja tiene suerte al ocupar la última mesa libre.

—¿Has visto a esos dos? —señala Michael con un movimiento de cejas—. Podrían ser gente interesante, ¿no?

Emma les dedica una escrutadora mirada.

—¿Lo dices por el tipazo que gasta ella? —pregunta, maliciosa.

—¡No! —Michael ríe con ganas—. Bueno, un poco sí, también —admite—. En realidad, lo decía porque parecen británicos, de nuestra edad. Gente como nosotros, vaya.

—Hum. Podrían serlo. Desde luego, no estaban anoche en el restaurante.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Emma hace un gesto de suficiencia. Profesional que es una.

—¿Ves la melena de ella? Es natural, sin tinte ni permanente. Y ese brillo, ese volumen... Jamás se me habría pasado por alto un pelo tan espectacular.

Michael se fija mejor en la recién llegada. La brisa le

alborota el cabello, sujeto por una diadema a juego con el vestido; y así, de lejos, los ojos se dirían un reflejo del agua de la piscina. Espectacular, en efecto; pero toda ella. Tan alta —se ha fijado antes de que se sentasen— como su espigado marido. Aunque en eso los tacones ayudan.

—Bah. Espectacular eres tú, querida —dice, levantando su cerveza mediada en una invitación a brindar—. Podrías ser la reina del crucero.

—Mentiroso —brinda ella.

—Bombón.

No exagera Michael. Su esposa es un ser delicioso; y conocerla, lo mejor que le ha pasado en su vida. Ocurrió un día que acompañaba por la calle a su madre, cliente de la peluquería en que Emma trabajaba. La muchacha la saludó, cariñosa, y la señora Turner le presentó a su hijo, quien, a sus veinticinco años, acababa de dar el salto al cuadro técnico del York City, recién ascendido a Tercera División.

Él era buen mozo, de hechuras recias y trato agradable. Una lesión lo había retirado del fútbol activo, dejándole una cicatriz melancólica en la mirada. La compensaba con un ingenioso sentido del humor heredado del padre, muerto de tuberculosis tras sobrevivir a toda una guerra como mecánico de la RAF.

Ella, de frágil silueta —su delgadez sería el único pero de la señora Turner—, lucía una atractiva sonrisa por encima de sus demás encantos, numerosos en opinión de él: un rostro de óvalo acentuado y facciones delicadas, entre las que reinaba una naricilla respingona; un cabello lacio de natural rubio, cortado en airosa melenita por encima de los hombros; unos ojos vivaces, de luminoso verde avellanado. Como luminosa era la piel, graciosamente moteada por una mirada de minúsculas pecas.

Se hicieron gracia desde el primer instante, y la madre, avispada, facilitó la conversación. ¿Cómo era posible que dos

jóvenes de edad parecida no se conociesen en una población tan pequeña? Es que Emma era vecina de un pueblo cercano. Venía a diario para trabajar en la peluquería, y luego regresaba al domicilio paterno. Michael, en cambio, debía desplazarse a las instalaciones del club en la capital. Difícil que coincidiesen en el supermercado, la iglesia o el pub local. Seguro, aseguró Michael, galante, que de haberlo hecho se habría fijado en ella.

La siguiente vez que la señora Turner acudió a la peluquería, Michael buscó una excusa para ir en su busca. Haberse dejado las llaves en casa le pareció razonable. Tampoco es que Emma fuera a mostrarse suspicaz: si él anhelaba su sonrisa, ella le dedicó una bien cálida.

¿Quieres que te corte el pelo?, lo desafió. Atrincheradas en sus secadores, las clientas cruzaron miradas escépticas. Un hombre en una peluquería de señoras. Por Dios. ¿Qué diría el barbero del pueblo? Pero Michael captó la señal: venía para ver a Emma, y ella se lo ponía en bandeja.

Aceptó, para regocijo de unas y asombro de otras. Charlaron sobre lugares comunes —cine, música pop, el meritorio segundo puesto de The New Seekers en la reciente gala de Eurovisión—, mientras Emma mostraba su destreza con la tijera. ¿De qué otras cosas podían hablar ante una parroquia, la señora Turner incluida, atenta a cada una de sus palabras?

La conversación resultó placentera. Emma hablaba sin perder el ritmo; Michael, sin perderla de vista a ella a través del espejo, atento a su rostro concentrado y a sus manos ágiles de pulso firme. A los dos les divertía romper una suerte de tabú arcano. Y cuando ella acabó su trabajo con un resultado más que satisfactorio, él la invitó a tomar algo en el café vecino. Emma aceptó gustosa, bendecida por un guiño cómplice de su jefa.

El café, naturalmente, acabó en cita.

El noviazgo no fue sencillo. Los horarios de Emma eran largos, y el agotador plantón diario en la peluquería le hacía acabar la semana con pocas ganas de fiesta. En cuanto a los de Michael, resultaban incompatibles: los entrenamientos eran por las tardes, pues los jugadores eran amateurs, y para él apenas había fin de semana; sobre todo, si el equipo jugaba fuera.

Se apañaban como podían. Los sábados, él la esperaba a la salida de la peluquería. Cenaban en algún pub de los alrededores, a ser posible tranquilo, mientras se contaban los nimios sucesos de la semana. Luego él la llevaba a casa en automóvil, en cuyos asientos delanteros tenía lugar una vehemente despedida.

Los domingos alternos en que el York City jugaba en casa, Emma acudía al campo de fútbol con unos forofos de su pueblo. Tras el partido esperaba a Michael en la salida de personal, lo que provocaba miradas chismosas en el resto de la plantilla. Luego, mientras otros acudían al pub a celebrar la victoria o a rumiar la derrota, la pareja se dirigía al apartamento de un amigo, donde tenía lugar el encuentro más deseado.

Les sabía a poco, pero eran felices. Por eso, cuando el York City promocionó a Segunda División y a Michael le ofrecieron una mejora de empleo y sueldo —segundo entrenador, con incentivos por resultados—, decidieron que lo mejor que podían hacer con su noviazgo era darlo por terminado.

Decidieron contraer matrimonio.

Entre sorbito y sorbito de burbujeante cóctel, Emma contempla la puesta de sol sin perder de vista a los recién llegados: él le ha cogido la mano a ella, y, tras entrechocar sus copas, se miran embelesados mientras conversan.

—¿Dirías que son recién casados?

—Sin duda —opina Michael. Y luego, sintiendo la necesidad de hacer una broma, se inclina sobre su esposa y le susurra al oído—. Él le mira el escote de la misma forma que yo miro el

tuyo.

Su mujer se lo quita de encima con un empujón cariñoso. Pretende aparentar reproche, pero su sonrisa es la de una mujer halagada.

—Cochino.

—Ya sabes cuánto puedo llegar a serlo.

Ríen ambos, acostumbrados a tales juegos íntimos. Sabedores de que es trivial lo que ocurra esa velada, si cenan aquí o allá, si lo hacen en tal o cual compañía, porque lo que de verdad importa ocurrirá entre ellos dos, cuando se queden a solas en el camarote.

Todavía dedica Emma un último pensamiento a la otra pareja, antes de desentenderse.

—Parecen simpáticos. —Suspira—. *Ojalá se sentaran a nuestra mesa. Vaya —añade, arrugando la nariz—, se estropea la puesta de sol.*

Un frente nuboso se ha ido formando en la lejanía. Suspendido sobre la línea de costa, absorbe el disco solar conforme este declina. En lo que dura un ay, el astro se pone sin ponerse. La bóveda celeste, rutilante en todos los tonos del naranja al amarillo, se ensucia de gris en su base. La brillante superestructura del navío languidece.

—Bueno, no ha estado mal, de todos modos.

Apura Emma el cóctel. Al precio que van las bebidas a bordo, no es cuestión de desperdiciar una gota. Hace ademán de coger el bolso, pero su marido la retiene con la palma de la mano extendida.

—Espera.

Una súbita explosión de luz tiene lugar cuando el disco sale por debajo del frente suspendido. Y en el breve recorrido, apenas un diámetro, que media hasta el verdadero horizonte, baña a los pasajeros del Sorrento con una última ofrenda de bienhechora energía. Por doquier se oyen ohes de admiración. Las cámaras

inmortalizan con sus clics el majestuoso espectáculo. El destello final se demora, orgulloso y terco, haciendo que los Turner contengan la respiración.

—¡Qué pasada! —exclama Michael cuando el resplandor se desvanece en su retina—. En fin, creo que deberíamos bajar al comedor.

—¿Sabes qué te digo, Mike?... ¡Que a la porra! —exclama Emma, animada por el baño energético y el cóctel—. Es nuestra luna de miel. No necesitamos a nadie más para disfrutar del viaje.

Bravo por su chica, sonrío él. Algunos de sus jugadores deberían mostrar, a veces, la misma determinación en el terreno de juego.

—Bien dicho. Al autoservicio, pues.

Michael

—*El comedor es otra cosa* —pontifica Rufus Ferguson, *índice en alto*—. *Al menos aquí los hombres visten con decoro, no en camiseta de tirantes, pantalón corto y chancletas, como en el bufé libre. Y las mujeres, lo mismo: da gusto verlas arregladas. ¿Verdad, querida?*

—*Desde luego que sí* —confirma Mildred Ferguson, *comprometida con la causa de su marido*.

De un humor que se lo llevan los demonios, Michael se pregunta si será capaz de aguantar otra cena a cuatro. Por debajo de la mesa, Emma le pone una mano sobre la rodilla en demanda de paciencia. Si un consuelo les queda es el de compartir culpa: ninguno de los dos ha reaccionado cuando, al entrar en la cafetería cubierta en dirección al autoservicio, los Ferguson los han interceptado con grandes muestras de alegría: ¡Qué casualidad! Bajáis al restaurante, ¿verdad?... Nosotros también. Qué bella puesta de sol, ¿habéis visto?... Creo que el menú de hoy es estupendo. Por cierto, que nos toca a nosotros pagar el vino... ¿Creéis que aparecerá la otra pareja?

No han sabido negarse.

Y ahí están, sentados en la mesa circular que tienen asignada: las mujeres, codo con codo; los respectivos maridos, a derecha e izquierda; y dos sillas vacías entre ellos.

No es, se dice Michael, que los Ferguson sean mala gente. Es solo que hablan demasiado de sí mismos: de toodos los maravilloosos sitios a los que han viajado, de sus maravilloosas experiencias en anteriores cruceros, de su maravilloosa casa en Cambridge, de sus maravilloosas hijas.

Decididamente, los Ferguson son unos pesados y unos

esnobs.

Un puntapié en el tobillo lo saca de sus cavilaciones. No tiene más que seguir la mirada de Emma para averiguar la causa: junto al pupitre de recepción, el maître da la bienvenida a la pareja que ha sido objeto de sus comentarios en cubierta. Los Turner intercambian una mirada esperanzada tras echar un simultáneo vistazo en derredor: las demás mesas, hasta donde alcanza la vista, están completas.

Quizá haya suerte.

Quizá...

El corazón de Michael se acelera conforme el maître, circunspecto, como se le supone, precede a la pareja por entre las mesas. Y se paraliza cuando el maître llega a su altura, saluda con una adusta inclinación de cabeza, y retira la silla que está junto a él para ofrecerla a la mujer de ceñido vestido dorado y envidiable cabellera pelirroja. Prego, le dice, entregándole el menú, y ello provoca que los ya sentados se levanten al unísono para el obligado intercambio de saludos.

—Hola. Me llamo Frank Jones —se presenta el recién llegado—, y ella es Rose.

Rose. Así de sencillo, de bonito. Michael hace una cortés reverencia al estrechar su mano suave, de cuidadas uñas esmaltadas con barniz transparente. En la distancia corta, la mujer, cuatro dedos más alta que él —sin los tacones, calcula, quedarían a la par—, supera todas sus expectativas.

—Vaya. Pensábamos que no apareceríais nunca —dice Mildred en un tono amable que no oculta cierto matiz a reproche.

—Nos ha entretenido la puesta de sol —responde Frank, evitando, a su vez, cualquier matiz que suene a disculpa—. Ha sido increíble, ¿verdad, Rose?

—Sí, y el maître nos ha puesto cara de pocos amigos. ¡Estaban a punto de cerrar la admisión al comedor!

Ríe ella, los ojos luminosos como una tarde despejada.

Deliciosa. Si Michael lamenta que vaya a sentarse a su lado, donde no podrá seguir admirándola a sus anchas, algún dios menor debe de estar hoy de su parte: Mildred hace desplazarse a su esposo para que la recién llegada se siente junto a ella. Las chicas, con las chicas, se justifica. Lo cual quiere decir que Michael va a tener a Rose justo enfrente.

En cuanto al marido, alto y delgado, ataviado con americana sport y corbata —prenda a la que él se ha resistido; demasiado menudo la soporta en el uniforme del club—, también parece simpático. Todavía va a resultar una suerte, se dice, que los Ferguson los hayan interceptado.

—Si os parece bien, y ya que me corresponde hoy pagar el vino, pediré un montepulciano —sugiere Rufus, carta en mano, en cuanto los seis se han acomodado—. Está en la lista de los recomendados del día; todos italianos, por supuesto.

—¿Es bueno? —se interesa Frank.

—Buenísimo. Se hace en la región de los Abruzos, con una variedad propia —explica el otro—. Tratándose de tintos italianos, es uno de mis favoritos.

—En ese caso, bebamos el montepulciano —secunda Michael, de buen humor. Y luego, con la sonrisa más hospitalaria de que es capaz, añade para los recién llegados—: Os advierto que Rufus es una autoridad en la materia.

De buen humor, porque la velada se promete interesante.

Emma

Emma capta la ironía de su marido: nada más sentarse a la mesa la noche anterior, Rufus se lanzó en solitario a una disertación sobre vinos que duró lo que el antipasto y la pasta, sin que ellos, por una elemental cuestión de cortesía, osaran interrumpirlo. Y cuando, ya con el plato principal en la mesa, a ella se le ocurrió preguntar a los Ferguson si tenían hijos, la conversación derivó a un monólogo de Mildred, oportunamente puntualizado de vez en cuando por su marido, sobre las excelencias de sus niñas, de tres y cinco años, confiadas a los abuelos maternos para que ellos puedan disfrutar de unas vacaciones en pareja.

Dos temas, el vino y las hijas, que los Turner se han juramentado para no volver a tocar. Lástima que los recién llegados no lo sepan.

En todo caso, su presencia cambia las expectativas.

—Gracias por el cumplido, Michael, aunque no soy más que un modesto connoisseur —dice Rufus con afectada humildad. Y luego, quid pro quo, devuelve el elogio—. ¿Te gusta el fútbol, Frank? Has de saber que Michael es uno de los personajes de la temporada.

—Vamos, Rufus... —protesta el aludido.

—No, en serio —insiste Rufus—. Su equipo, el York City, ha subido a Segunda División por primera vez en su historia. Y adivina quién es el preparador físico que lo ha hecho posible.

Hace Frank un gesto de admiración.

—Vaya. Enhorabuena, Michael —dice—. Aunque confieso que no soy muy aficionado. Lo justo como para seguir los resultados del Plymouth Argyle. A partir de ahora —añade con una sonrisa—, vigilaré también al York.

En ese momento aparece el sumiller. Rufus asiente con la cabeza a la botella que este le presenta con gran ceremonia, y de la que, descorchada con la pericia que el empleo exige, le escancia apenas un dedo. Pagado de su papel de connoisseur, ignorando la mirada impaciente del sumiller, que tiene otras mesas en espera, Rufus realiza la cata según los cánones —color, olor, gusto, retrogusto—, antes de dar su visto bueno al caldo abruzense.

Todo eso está bien, se dice Emma: los hombres, hablando de fútbol o jugando a entender de vinos. Y las mujeres, ¿qué? Pero lo bueno de estar sentados en círculo es que puede haber hasta tres conversaciones simultáneas. Es hora de comenzar una segunda.

—¿Y vosotros, Rose, cuánto hace que estáis casados? —pregunta, señalando con un movimiento de cabeza la alianza que luce la pelirroja.

La interpelada extiende los cinco dedos de su mano izquierda. Su mirada adquiere un brillo evocador.

—Seis días justos —dice—. Nos casamos el domingo pasado, y de la comida fuimos derechos a coger el avión en Londres.

—¡Qué emocionante! —aplaude Mildred—. Cuéntanos algo de la boda, por favor, querida.

Rose quita importancia con un gesto de la mano.

—Huy, fue todo sencillo, la verdad. Ni Frank ni yo queríamos el típico bodorrio, ya sabéis...

Mientras la recién casada satisface la curiosidad de sus compañeras de mesa, Emma no pierde la ocasión de fijarse en el marido. En contraste con la vistosidad de Rose, de Frank Jones le llama la atención su aire tímido; de intelectual, quizá, aunque también puede deberse a las gafas de pasta negra tras las que se parapeta. De abundante pelo oscuro peinado con raya sobre la frente ancha, despejada sobre las cejas negras, espesas sobre los

ojos oscuros, profundos sobre la sonrisa magnética, obstinada en torcerse en un atractivo gesto, el conjunto resulta interesante. Seductor, incluso.

Ahora Frank juguetea con un encendedor de plata en la mano derecha, tras encender, entre la pasta y el plato principal, un cigarrillo que fuma sin afectación, procurando desviar el humo del resto de los comensales. Le recuerda a ese actor británico que triunfa en Hollywood, el de Charada. Una especie de Cary Grant, en versión Plymouth.

Emma hace bailar en su copa el líquido púrpura —bien elegido por Rufus, hay que reconocérselo—, dejando que la conversación femenina oscile entre Rose y Mildred. Qué diferentes, los Jones y los Ferguson. Estos últimos no son mucho mayores que el resto del grupo —cuatro o cinco años, a lo sumo—, pero aparentan más, con esa permanente espantosa que luce ella, como de señorona, y el prematuro barrigón de él.

Deja vagar la mirada por las mesas de alrededor. En cualquier caso, todos ellos bajan la media de edad del pasaje. Natural, teniendo en cuenta el coste del crucero, solo apto para bolsillos con recursos. O para quienes celebran circunstancias excepcionales, de las que solo se viven una vez.

Paladea un sorbo de montepulciano, imbuida de la distinción que se respira. Desde el aspecto de los camareros, todos ellos de impecable uniforme, educados, serviciales, deseosos de ganarse unas buenas propinas, a ser posible en dólares americanos, hasta la suntuosa decoración, propia del salón de un hotel de lujo. No es que ella frecuente hoteles de lujo, pero algo sabe desde que asistió a en una boda en The Royal York.

El buque es diferente, sin embargo: el techo, relativamente bajo, se hace raro, aunque una bien diseñada iluminación evita que resulte claustrofóbico. A ello también contribuyen las amplias ventanas —por las de estribor aún se filtra una lechosa claridad— abiertas en ambos costados. Aquí no se pisa avejentado

parqué de roble ni se atraviesan recias arcadas de piedra, pero la suave moqueta, la sillería mullida, la impoluta mantelería de lino, la vajilla de porcelana con el logotipo de la naviera esmaltado, todo ello propicia que una velada, a menos que se levante un súbito temporal en este rincón del Mediterráneo, resulte inolvidable.

Claro que una tempestad...

Sonríe para sus adentros.

Eso sí que sería memorable.

—¿Y vosotros, Emma? —se interesa Rose, agotado el tema de su boda, en un hábil regate al de las hijas de Mildred.

—¿Perdona? —reacciona ella, perdido el hilo de la conversación.

—Te preguntaba que si también estáis recién casados.

—Ah, sí. Sí, bueno..., lo estamos. —Suspira—. Pero la boda fue en marzo. En realidad, este es nuestro viaje de novios. No pudimos hacerlo entonces porque Mike estaba en plena temporada; y como nos hacía ilusión un crucero, decidimos dejarlo para el verano.

Frank

Tardará en perdonar a Rose lo de la corbata. Siempre se ha sentido incómodo con ella. Si al menos la llevase la mayoría de los presentes... Pero un escrutinio de las mesas cercanas muestra que muchos, la mitad, al menos, pasan de la etiqueta. Michael Turner, sin ir más lejos. Y si no fuese por Rufus, ahora mismo desharía el nudo de la fastidiosa prenda, la enrollaría con cuidado y se la guardaría en el bolsillo. Pero Rufus se toma en serio el protocolo: corbata azul marino decorada con palos de golf, pasador de oro adornado con el mismo motivo, y gemelos a juego en los puños de su camisa, ajustados para que sobresalgan dos centímetros exactos de las bocamangas de la americana; lo mismo que un pañuelo primorosamente doblado asoma por el borde del bolsillo superior. ¿Acaso ensaya para la futura boda de sus hijas?

Por Dios.

Mejor dedica su atención a Emma. ¿Peluquera, ha dicho? Lo cierto es que luce con estilo un cabello rubio cortado a lo chico; y que justo en ese momento relata a las mujeres cómo abrió su propia peluquería cuando ella y Michael se trasladaron a York para vivir juntos, con gran desconcierto de las respectivas familias, que no entendían por qué no podían esperar a estar casados. Y ese cabello de tan rabiosa actualidad deja al descubierto una nuca deliciosa y un cuello largo y luminoso, asentado sobre unos hombros pecosos que el amplio escote de un vestido minifaldero y desmangado muestra en todo su esplendor.

Si tuviera que permanecer con una de las presentes en una isla desierta —es solo un ejercicio mental—, desearía que fuese con su esposa, por descontado. Pero eso no tiene mérito. Si, en

una vuelta de tuerca al ejercicio, tuviese que elegir entre Emma o Mildred, sería capaz de matar —y no es pura retórica— por la primera. En contraste con la almibarada señora Ferguson —quien, al igual que su marido, parece afectada de algún síndrome de glotonería—, Emma resulta natural y espontánea; atractiva, a la vez que reservada. Capaz de aportar un plus de sosiego a un hombre de letras dado a la introspección, algo que a veces echa de menos en su extrovertida mujer.

—Y vosotros, ¿vais a hacer mañana la excursión a Olimpia? —pregunta Michael.

Consciente de que intenta eludir las maniobras de Rufus para llevar la conversación al golf—asunto que sin duda domina, a la vista de sus complementos—, Frank lo secunda.

—Esa es la idea —dice—. ¿Vosotros no?

Michael asiente con la cabeza.

—Ya la tenemos reservada —dice.

Rufus hace como si espantase una mosca de su plato.

—Nosotros no —dice, encantado de que se toque un tema que también conoce—. Ya la hicimos en un cruce anterior. No hay nada más que calor, chicharras y un montón de pedruscos dispersos, columnas medio derruidas y cosas así. Bah.

—Entonces, ¿no recomendáis la excursión? —interviene Emma.

—Desde luego que sí, querida, si no habéis estado antes —la anima Mildred—. El paisaje es bonito. Hay mucha vegetación, ¿verdad, Rufus?

—Bueno, eso sí —admite su esposo—. Hay unos olivos gigantescos, muy espectaculares. Deben de ser milenarios. Y también hay un prado enorme donde dicen que en su día estuvo el estadio olímpico —añade, meneando la cabeza—. Digo yo que se sentarían en el suelo, porque no queda ni una piedra. En todo caso, preparaos para sudar a base de bien —advierte.

—Sí, no dejéis de llevar sombrero, chicas.

—Y agua.

Finiquitados el postre y los cafés, Frank hace un intento de pagar el vino, no incluido en el precio del pasaje. Rufus se niega, alegando que lo ha pedido él y que, en todo caso, ya había convenido con Michael que hoy era su turno. Frank tendrá que esperar a mañana.

—Dejadnos, entonces, que os invitemos a una copa en el night-club —dice Frank—, ¿eh, Rose?

Ella coge al vuelo su mirada cómplice y se la devuelve vestida de azul.

—Claro. Como desagravio a haberos privado anoche de nuestra grata compañía —bromea.

Si los Turner aplauden la propuesta, los Ferguson se excusan. Han decidido probar suerte en el casino, dicen. Tienen el pálpito de que esta es su noche. ¿Por qué?, se interesa Frank, a quien espantan los juegos de azar. Porque tal día como hoy, hace diez años, explica Mildred, Rufus le pidió que salieran juntos. Luego vinieron la formalización del noviazgo, la boda, los nacimientos de las hijas... Un sin fin de efemérides, todas dignas de celebración.

—Y la de hoy nunca ha dejado de ser especial para nosotros —concluye, sobando el brazo de su marido con empalagosa afectación—. ¿Verdad, cariño?

Rose

Diecisiete mil toneladas de arqueo bruto; ciento setenta metros de eslora; veintitrés de manga; mil trescientas almas a bordo, entre pasaje y tripulación. Eso es el Sorrento, una catedral de acero consagrada al culto al hedonismo.

—¿Sabéis que desde aquí al agua hay veinticuatro metros de altura? —dice Michael—. Si dejase caer ahora mismo mi vaso, sería como si lo hiciese de un edificio de ocho plantas.

—Y te quedarías sin tu gin-tonic —bromea Frank, más cómodo desde que se guardó la corbata en el bolsillo y se desabotonó el cuello de la camisa—. Tendrías que bajar a por otro.

Departen los cuatro de buen humor, indolentemente apoyados en el barandal de la pasarela-solárium. Rose ha descubierto que también Michael ha estudiado la información de a bordo, y ambos rivalizan en ofrecer datos del buque. Eso ocurre después de que, más interesados en conversar que en la música disco, optasen por coger sus copas y subir hasta lo más alto, donde solo se escuchan el refrescante rumor de la estela y las voces apagadas de algunos paseantes. Las luces de tierra hace tiempo que desaparecieron. No hay más que la enigmática negrura del mar infinito, salvo por la amura de estribor, donde una luna al filo de su plenitud deja un surco plateado en las aguas calmas.

Rose acaricia la pulida teca del pasamanos. No quiere imaginar cómo sería una caída desde esa altura, aunque sea al agua. Pero la solidez del barandal y el brazo de Frank alrededor de su cintura le dan seguridad. Escucha a Michael bromear sobre la piscina: el yorkino apuesta a que si nadas de popa a proa nunca llegarás al extremo, porque este se irá alejando conforme el barco avanza. Y se dice dispuesto a demostrarlo, haciendo

ademán de desabotonarse la camisa. Los otros le ríen la gracia, reflejo de la buena sintonía establecida entre ellos. Y también, todo hay que decirlo, del desinhibidor efecto de dos botellas de montepulciano.

Es simpático este Michael, se congratula Rose. Campechano pero comedido. No de los que acaparan el protagonismo —ella llegó a salir con alguno— hasta resultar cargantes. Tiene ese punto extrovertido que echa de menos en su circunspecto marido. Como es natural, Rose no puede evitar compararlos. Si Frank es más alto, más guapo, más refinado en sus maneras, de Michael le atrae justo lo contrario: una constitución fornida, más propia de jugador de rugby que de futbolista, con la espalda poderosa, el cuello grueso y corto, y la cabeza cuadrada, en la que destacan un pelo abundante cortado a cepillo y unos ojos grises como un charco en invierno. Pero sobre todas esas cualidades físicas, Rose aprecia la franca cordialidad de Michael, de la que hace gala con una sonrisa perenne e inmaculada.

Y qué decir de Emma. Aunque eclipsada en la conversación por su esposo, la yorkina se muestra agradable en el trato. Su estilo rezuma buen gusto en su sencillez, en especial el discreto maquillaje y el refrescante, modernísimo peinado. Si hay una nota discordante es el corte del vestido, mejorable en el talle. Pero eso es poner el listón muy alto, reconoce Rose; un exceso de deformación profesional. Algo parecido, sonrío para sí, a lo que podría pensar la peluquera de su ondulada melena, desbaratada por la brisa. Instintivamente, se ajusta la cinta-diadema y se recoge hacia atrás el cabello con ambas manos. Lo innegable es que Emma le ha caído bien en cuanto la ha visto, no como esa esnob de Mildred, tan pagada de sí misma como su marido. Para lo recargada de collares que va, o quizá a causa de ello, la pobre ni siquiera sabe combinar una blusa con la falda.

Levanta mucho el vaso para dar un último sorbo a su mojito, apenas un amasijo de hielo picado y restos de lima y

hierbabuena. Está decidido: los Turner forman una pareja interesante.

A su lado, Emma se frota los brazos desnudos con ambas manos.

—Brrr —se estremece—. ¿Os importa que terminemos las bebidas en la cafetería?

Un cuarto de hora más tarde, los Jones declinan la oferta de Michael de corresponder a su invitación con una segunda copa.

—Deberíamos irnos a la cama, Frank —dice Rose, reprimiendo un bostezo—. Te recuerdo que mañana hay que madrugar.

La excursión a Olimpia. Todos parecían olvidados, y todos le dan la razón. Aun así, Frank consigue cinco minutos de prórroga para un último cigarrillo.

—Nos vemos mañana —se despide tras aplastar la colilla contra el cenicero—. Ha sido un placer conoceros, ¿verdad, Rose?

Asiente ella repetidas veces con la cabeza.

—Teníamos nuestras dudas sobre si ir o no al restaurante —responde—, pero he de decir que ha sido un acierto.

—¿Pues sabéis qué os digo?... Que menos mal que habéis venido —confiesa Emma con maliciosa sonrisa.

Más directo, Michael suelta una de sus vehementes carcajadas.

—Sí. Ya nos veíamos otra noche a solas con los Ferguson.

Continúa.

Libro completo disponible [aquí](#).